

desde la literatura

El cuarto de servicio

Clarice Lispector

Después me dirigí al pasillo oscuro que sigue a la cocina. En el pasillo, donde termina el apartamento, dos puertas indistinguibles en la sombra se encaran: la de la salida de servicio y la del cuarto de la criada. Los bajos fondos de mi casa. Abrí la puerta que daba al montón de periódicos y a las tinieblas de la empleada y de los trastos viejos.

Pero, al abrir la puerta, mis ojos parpadearon por los reflejos y el desagrado físico.

En vez de la penumbra confusa que esperaba, chocaba con la visión de una habitación que era un cuadrilátero de blanca luz; mis ojos se protegieron parpadeando.

Hacía unos seis meses —el tiempo que aquella criada estuvo conmigo— qué no entraba yo allí, y mi espanto se debía a toparme con una habitación totalmente limpia.

Esperaba encontrar tinieblas, me había preparado para tener que abrir de par en par la ventana y limpiar con el aire fresco el olor a cerrado. No contaba con que aquella empleada, sin decirme nada, hubiese ordenado la habitación a su manera, y con osadía de propietaria le hubiese liberado de su función de trastero.

Desde la puerta veía yo ahora una habitación que tenía un orden tranquilo y vacío. En mi casa fresca, acogedora y húmeda, la criada, sin avisarme, había preparado un vacío seco. Ahora era una habitación toda limpia y vibrante como en un manicomio de donde se retiran los objetos peligrosos.

Allí, en el hueco creado, se concentraba ahora la reverberación de las telas, de las terrazas de cemento, de las antenas erectas de todos los

* Fragmentos de *La pasión según G. H.*

edificios cercanos y del reflejo de mil cristales de las viviendas. La habitación parecía estar en el nivel incomparablemente superior del propio departamento.

Como un minarete. Comenzó entonces a producirse mi primera impresión del minarete, situado encima de una extensión ilimitada. De esa impresión distinguía, no obstante, sólo mi desagrado físico.

La habitación no era un cuadrilátero regular: dos de sus ángulos estaban ligeramente más abiertos. Y aunque ésta fuese su realidad material, me vino como si fuese mi visión lo que lo deformase. Parecía la representación, en el papel, del modo en que podría yo ver un cuadrilátero: ya deformado en sus líneas de perspectiva. La solidificación de un error de visión, la materialización de una ilusión óptica. No ser totalmente regular en sus ángulos le daba una impresión de fragilidad de base como si la habitación-minarete no estuviese encajada en el apartamento ni en el edificio.

Desde la puerta veía yo el sol fijo cortando con una nítida línea de sombra negra el techo en su mitad y el suelo en sus dos terceras partes. Durante seis meses un sol permanente había trabajado el armario de pino, y desnudaba aún más blanco las paredes blanqueadas.

Y fue en una de las paredes donde, en un movimiento de sorpresa y de retroceso, vi el insólito mural.

En la pared blanqueada contigua a la puerta —y por eso aún no lo había visto— estaba casi en tamaño natural la silueta, trazada con carboncillo, de un hombre desnudo, de una mujer desnuda y de un perro que estaba más desnudo que un perro. En los cuerpos no estaba dibujado lo que la desnudez revela, la desnudez venía solamente de la ausencia de todo lo que recubre: eran las siluetas de una desnudez vacía. El trazo era grosero, hecho con la punta quebrada del carboncillo. En algunos trozos la línea se duplicaba como si un trazo fuese el temblor de otro. Un temblor seco de carboncillo seco.

La rigidez de las líneas incrustaba las figuras agigantadas y embrutecidas en la pared, como de tres autómatas. Incluso el cachorro tenía la locura mansa de aquello que no se mueve por fuerza propia. Lo deforme del trazo excesivamente simple convertía al cachorro en algo duro y petrificado, pero engastado en sí mismo más que en la pared.

Pasado el primer momento de sorpresa al descubrir en mi propia casa un mural oculto, examiné mejor, esta vez con sorpresa divertida, las figuras sueltas en la pared. Los pies solamente esbozados no tocaban la

línea del suelo, y eso, junto con la rigidez entontecida de las líneas, dejaba a las tres figuras sueltas como tres espectros de momias. A medida que me incomodaba más y más la dura inmovilidad de las figuras, más intensa se volvía en mí la idea de momias. Ellas emergían como si hubiesen sido un destilamiento gradual del interior de la pared, salidas lentamente del fondo hasta haber marcado de sudor la superficie de cal áspera.

Ninguna figura tenía relación con las demás, y las tres no formaban un grupo: cada figura miraba de frente, como si nunca hubiese mirado de lado, como si nunca hubiese visto a las demás y no supiese que al lado existía alguien.

Sonreí forzosamente, estaba intentando sonreír: cada figura se hallaba allí en la pared exactamente como yo misma había permanecido rígida de pie en la puerta de la habitación. El dibujo no era un adorno: era una escritura.

El recuerdo de la empleada ausente me paralizaba. Quise recordar su rostro y, admirada, no lo conseguí; de tal modo lograba ella excluirme de mi propia casa, como si hubiese cerrado la puerta y me hubiese dejado lejana en relación con mi morada. El recuerdo de sus rasgos se me escapaba; debía de ser un lapsus temporal.

Pero su nombre; claro, claro, finalmente lo recordé: Janair. Y, mirando el dibujo hierático, de repente se me ocurrió que Janair me había detestado. Yo miraba las figuras de hombre y de mujer que mantenían expuestas y abiertas las palmas de las manos vigorosas, y que allí parecían haber sido dejadas por Janair como un mensaje brutal para cuando yo abriese la puerta.

Mi malestar era de alguna manera divertido: ¿es que nunca antes había imaginado que, en el mutismo de Janair, pudiese haber existido una censura de mi vida que quizás, en su silencio, ella había calificado como "una vida de hombre"? ¿Cómo me había juzgado ella?

Miré el mural donde yo debía de hallarme representada... Yo, el Hombre. Y en cuanto al cachorro, ¿sería éste el epíteto que ella me daba? Desde hacía años yo no había sido juzgada más que por mis iguales y por mi propio ambiente, que estaban hechos, en suma, de mí misma y para mí misma. Janair era la primera persona realmente ajena de cuyo mirar yo tomaba conciencia.

De repente, esta vez con malestar real, me dejé atrapar por una sensación que durante seis meses, por negligencia y desinterés, no me había permitido tener: la del silencioso odio de aquella mujer. Lo que

me sorprendía es que era una especie de odio indiferente, el peor odio: el indiferente. No un odio que me individualizase, sino solamente la ausencia de clemencia. No, ni siquiera odio.

Fue entonces cuando inesperadamente conseguí recordar su rostro; pues claro, ¿cómo había podido olvidarlo? Volví a ver el rostro negro y tranquilo, volví a ver la piel enteramente opaca que más parecía uno de sus modos de callarse, las cejas muy bien dibujadas, volví a ver los rasgos finos y delicados que apenas se distinguían en la negrura apagada de la piel.

Los rasgos —descubrí sin placer— eran rasgos de reina. E igualmente su porte: el cuerpo erguido, delgado, duro, liso, casi sin carne, ausencia de senos y de caderas. ¿Y sus ropas? No era sorprendente que yo la hubiese utilizado como si ella no hubiera tenido presencia: bajo el pequeño delantal, se vestía siempre de marrón oscuro o de negro, lo que la volvía toda oscura e invisible; se me puso la carne de gallina al descubrir que hasta ahora no había advertido que aquella mujer era invisible. Janair no tenía apenas más que su forma exterior, los rasgos dentro de su forma eran tan puros que apenas existían: estaba achatada como un bajorrelieve colocado sobre una tabla.

Y fatalmente, tal como era ella, ¿así me habría visto? Abstrayendo de aquel cuerpo mío dibujado en la pared todo lo que no era esencial, y también de mí, viendo sólo el contorno. Curiosamente, no obstante, la figura en la pared me recordaba a alguien, que era yo misma. Molesta por la presencia que Janair había dejado de sí misma en la habitación de mi casa, yo distinguía que las tres siluetas angulosas de zombies habían, de hecho, retrasado mi entrada como si la habitación estuviese todavía habitada.

Yo dudaba en la puerta.

También porque la simplicidad inesperada de la habitación me desorientaba: en verdad, no sabía siquiera por dónde comenzar a ordenar, o incluso si tenía algo que ordenar.

Desanimada, contemplé la desnudez del minarete:

La cama, sin sábanas, mostraba el colchón de paño de lana polvoriento, con grandes manchas desteñidas como de sudor o de sangre aguada, manchas antiguas y pálidas. A trechos, el crin fibroso surgía por el paño, que estaba podrido de tan seco, y apuntaba recto en el aire.

En un rincón había tres maletas viejas colocadas contra la pared con tan perfecto orden simétrico, que su presencia pasaba inadvertida,

pues en nada alteraba el vacío de la habitación. Sobre ellas, y sobre la marca casi muerta de un "G. H.", el montón ya sedimentado y tranquilo de polvo.

Y estaba también el armario estrecho: sólo tenía una puerta, y de la altura de una persona, de mi altura. La madera continuamente reseca por el sol se abría en grietas y fisuras. Aquella Janair, entonces, ¿nunca había cerrado la ventana? Había aprovechado más que yo la vista que se tenía "bajo los tejados".

La habitación se diferenciaba tanto del resto del departamento, que para entrar en ella era como si yo antes hubiese salido de mi casa y llamado a la puerta. La habitación era lo contrario de lo que yo había creado en mi casa, lo opuesto de la suave belleza que resultaba de mi talento para organizar, de mi talento de vivir, lo opuesto de mi ironía tranquila, de mi dulce y serena ironía: era una violación de mis comillas, de las comillas que hacían de mí una citación de mí. El cuarto era el retrato de un estómago vacío.

Y nada de lo que allí había estaba hecho por mí. En el resto de la casa el sol se filtraba desde el exterior, rayo tras rayo, tamizado por un doble juego de cortinas gruesas y ligeras. Pero allí el sol no parecía venir del exterior: era el lugar mismo del sol, fijo e inmóvil, en una dureza luminosa como si, ni de noche, la habitación cerrase jamás su párpado. Todo allí eran nervios seccionados que hubiesen secado sus extremos en alambre. Me había preparado para limpiar sus cosas, pero luchar con aquella ausencia me desorientaba.

Noté entonces que estaba enfadada. La habitación me incomodaba físicamente como si en el aire hubiese hasta ahora permanecido el sonido del rascar del carboncillo seco en la cal seca. El sonido inaudible de la habitación era como el de una aguja que continuara pasando sobre el disco ya terminada la música. Un crujido neutro de cosa era lo que formaba la materia de su silencio. Carboncillo y uña uniéndose, carboncillo y uña, tranquila y compacta ira de aquella mujer que era la representante de un silencio como si representase un país extranjero, la ira africana. Y que ahí dentro de mi casa se había alojado, la extranjera, la enemiga indiferente.

Me pregunté si, en verdad, Janair me habría odiado, o si era yo quien, sin haberla siquiera mirado, la odiaba. Tal como ahora estaba descubriendo con irritación que la habitación no dejaba de irritarme; detestaba aquel cubículo que sólo tenía superficies: sus entrañas se habían calcinado. Lo miraba con repugnancia y desaliento.

Hasta que me obligué y me hice violencia: hoy mismo iba a modificar todo aquello.

Lo primero que haría sería llevar al pasillo las pocas cosas que había en la habitación. Luego echaría en la habitación vacía cubos y cubos de agua que el aire solidificado absorbería, y finalmente quitaría el polvo hasta que surgiese humedad en aquel desierto, destruyendo el minarete que dominaba altanero un horizonte de tejados. Después echaría agua en el armario para atragantarlo hasta la boca; y por fin, por fin vería cómo la madera empezaba a pudrirse. Una ira inexplicable, pero completamente natural, se había apoderado de mí: quería matar algo allí dentro.

Y luego, luego, cubriría ese colchón de paja seca con una sábana suave, limpia y fresca, con una de mis sábanas personales, bordada con mis iniciales, para reemplazar la que Janair había debido de echar al lavadero.

Pero antes rasparía de la pared el trazo granuloso del carboncillo, desincrustando con un cuchillo el cachorro, borrando la palma extendida de las manos del hombre, destruyendo la cabeza demasiado pequeña para el cuerpo de aquella mujerona desnuda. Y echaría agua y agua que correría en ríos por el raspado de la pared.

Suspiré de alivio, como si estuviese viendo ya la fotografía de la habitación después que hubiese sido transformada en mía y en mí.

Entonces, entré.

Cómo explicar, sino que me estaba ocurriendo algo incomprendible. ¿Qué pretendía esa mujer que fuese yo? ¿Qué le ocurría a la G. H. del cuero de la maleta?

Nada, nada, sólo que mis nervios estaban ahora despiertos, mis nervios que, ¿habían estado tranquilos o solamente bien ordenados? Mi silencio, ¿había sido silencio o una voz aguda que era muda?

Cómo explicarte: he aquí que, de repente, aquel mundo interior que yo era se crispaba de cansancio, no soportaba más el cargar en las espaldas —¿qué?— y sucumbía a una tensión que no sabía que siempre había sido mía. Estaban ya produciéndose entonces, y aún no lo sabía, las primeras señales en mí del hundimiento de grutas calcáreas subterráneas, que se derrumbaban bajo el peso de capas arqueológicas estratificadas, y el peso del primer hundimiento hacía caer las comisuras de mi boca, me dejaba los brazos colgantes. ¿Qué me ocurría? Nunca podré entender, pero ha de existir quien entienda. Y es en mí donde debo crear ese alguien que comprenderá.

Y es que, aunque ya había entrado en la habitación, me parecía haber entrado en nada. Incluso en el interior, seguía de algún modo del lado de fuera. Como si la habitación no tuviese suficiente amplitud para acogerme y dejase en el pasillo trozos de mí, en la mayor repulsa de que yo fuese ya víctima: yo no cabía.

Al mismo tiempo, mirando el cielo bajo el techo blanco, me sentía asfixiada por el encierro y la restricción. Y ya echaba de menos mi casa. Me obligué a recordar que también aquella habitación era propiedad mía, me pertenecía: pues, sin salir de mi casa, sin subir ni bajar, había llegado a la habitación. A menos que hubiese existido un modo de caer en un pozo igual en sentido horizontal, como si hubiesen torcido ligeramente el inmueble y yo, deslizándome, hubiese sido rechazada de puerta en puerta hasta aquélla más alta.

Atrapada allí dentro por una trama de vacíos, olvidaba de nuevo el itinerario de ordenación que había preparado, y no sabía con certeza por dónde comenzar a ordenar. La habitación no tenía un punto que se pudiese denominar inicio, ni un punto que pudiese considerarse final. Era de una igualdad que la tornaba indelimitada.

Paseé la mirada por el armario, la subí hasta una grieta del techo, procurando apoderarme un poco más de aquel enorme vacío. Con más osadía, aunque sin ninguna familiaridad, pasé los dedos por las desigualdades del colchón.

Me animó una idea: a aquel armario, una vez bien impregnado de agua, bien empapado en todas sus fibras, le aplicaría cera para darle algo de brillo, y también por dentro extendería cera, pues el interior debía de estar aún más calcinado.

Abrí un poco la estrecha puerta del armario, y la oscuridad interior se escapó como una exhalación. Intenté abrirla un poco más, pero la puerta chocaba con la pata de la cama. Introduje cuanto pude mi rostro por la abertura de la puerta. Y, como si la oscuridad interior me espíase, permanecimos un instante espíándonos sin vernos. Yo nada veía, sólo conseguía sentir un olor caliente y seco como el de una gallina viva. No obstante, empujando la cama un poco más contra la ventana, conseguí abrir la puerta unos centímetros más.

Entonces, antes de comprender, mi corazón encaneció como encanecen los cabellos.